

EUGENIO ESPEJO, ESCRITOR POLIFACÍTICO Y ERUDITO

Plutarco Naranjo

Universidad Andina “Simón Bolívar”, Quito

Eugenio Espejo conocido y celebrado, sobre todo, por su lucha política en pos de la independencia americana, y en otros campos, como médico y sabio fue un profícuo escritor, probablemente uno de los mayores y más polifacéticos autores de las colonias españolas (1). Lector incansable de los clásicos griegos y romanos, de los positivistas franceses y sobre todo de los del período de la Ilustración, él mismo se convirtió en el más ilustrado, en el más docto y versado. Como trató variados temas y problemas, escribió cada uno con estilo y modo apropiado. Se inició con severas críticas contra los mediocres oradores, expuso sistemáticamente sus extraordinarias concepciones acerca de la ciencia, y en particular de la medicina, trató con sapiencia temas filosóficos, religiosos, teológicos, económicos y sociales y fue el primer periodista de Quito.

En los escritos del polígrafo y polemista Eugenio Espejo, desde su primer libro *“El Nuevo Luciano de Quito”*(2), hasta los últimos números del periódico *“Primicias de la Cultura de Quito”*(3), aunque hay ciertos rasgos en común, en especial, el espíritu de crítica y el afán de reforma y de cambios profundos, para el progreso de la patria, en cada uno puede apreciarse su propia identidad, cada uno tiene su propio estilo de acuerdo al tema y a las circunstancias.

De la **“Divina Comedia” de Dante Alighieri**, la crítica de esa época consideró que la obra “era una enciclopedia de los estilos literarios de su tiempo. Los escritos de Espejo no pueden compararse con los del genio italiano, pero constituyen un buen ejemplo de la raquítica y sesgada cultura de Quito de la segunda mitad del siglo XVIII.

Me referiré muy brevemente, a la exégesis de sus más importantes producciones y luego a algo de su contenido enfocado desde el punto de vista de la forma y el fondo.

Génesis de la rebeldía

Espejo, desde niño, reveló una inteligencia poco común y una inclinación a la lectura que, cuando adolescente, le tomaba hasta más de 10 horas al día.

A pesar de las casi infranqueables barreras que existían para que el hijo de un indio llegue al nivel universitario, logró graduarse en latinidad, luego de médico, más tarde de abogado y después culminó con sus estudios de teología.

Desde adolescente, junto a su padre y a Fray del Rosario, betlemita y médico, fue un “practicante” en el hospital de la Misericordia “San Juan de Dios”. Desde entonces fue testigo de la pobreza e indigencia de los pacientes, de la discriminación que sufrían los indios y los negros. Él mismo, más de una vez habrá sentido el dardo hiriente del racismo. ¿Quién no sabía que Espejo era hijo de un indio?. Motivos de indignación no le faltaban. En forma torpe e injusta fue suspendido en su grado de médico. La rebeldía y sus conocimientos y sapiencia debieron ir creciendo como crecen los ríos y los huracanes.

Llegó a ser el médico más capaz y acertado. Por esta razón recurrieron a él la gente pudiente y los condes y marqueses. Mereció el respeto y hasta la amistad de algunos de ellos, en especial de Juan Pío Montúfar, II Marqués de Selva Alegre; no obstante, cuántas veces habrá sido mordido por la envidia y la segregación. El ejercicio de esa profesión le ofreció, además, conocer y palpar de cerca las grandes diferencias entre los pobres, los indios y los potentados.

Más allá de la medicina, Espejo que leía en su propia lengua a Hipócrates, a Sócrates y Platón y en cuanto al latín que, a juicio de González Suárez, lo manejaba hasta con elegancia, así como por sus otras lecturas, llegó a ser el más erudito de las colonias españolas. Por eso mismo no pudo soportar la pedantería, la jactancia de quienes presumían de inteligentes e ilustrados, de quienes se preciaban de oradores de alto vuelo. No pudo tolerar el cinismo, la ridiculez

convertida en mérito oratorio. Entre ellos figuran algunos religiosos, en especial, Sancho de Escobar, cura de Zámboza.

El Nuevo Luciano de Quito.- Antecedentes

Por ser poco conocidos los tres primeros libros de Espejo; me refiero a ellos con algo más de extensión.

El ampuloso y al mismo tiempo vacío sermón pronunciado en la Catedral de Quito, con motivo de la celebración de los “Dolores de la Virgen”, abundante en citas latinas, varias de ellas muy mal traídas y peor interpretadas, las exageradas alabanzas que mereció tal sermón, colmaron la paciencia de Espejo quien tomó el camino de la crítica dura y acerva del famoso sermón y de los religiosos que le imitaban. Escribió su primer libro: *“El Nuevo Luciano de Quito”*. ¿Quién fue Luciano (de Samosata)? Se trata del filósofo y escritor ateniense, irreverente con los dioses y los filósofos mediocres; críticos de las injusticias y pobreza del pueblo. Siguiendo el ejemplo de otros filósofos escogió para su libro “Diálogos” el sistema de interlocutores. Espejo siguió tal modalidad aunque ya en desuso en su época. Como se trataba de su primer ensayo literario, al igual como tomó del autor griego el modelo de diálogo, el estilo del texto pudo haber seguido al de Rabelais o de Cervantes, pero no conoció a estos autores.

En “El Nuevo Luciano”, Espejo hace derroche de su genio creativo al imitar, con exageración y habilidad la retórica de los pseudo ilustrados, así como el estilo oratorio grandilocuente del sermón del cura de Zámboza y otros. Pone en práctica el difícil arte de la fina ironía, a veces la burla hiriente y hasta pone en ridículo a los personajes, algunos de quienes hablan y se comportan como el famoso Fray Gerundio.

Por muchas razones no le convenía aparecer como autor. Optó por un seudónimo, un tanto altisonante, como eran los nobles apellidos, de la época. Firmó “Javier de Cía, Apéstegui y Perochena. Procurador y abogado de causas desesperadas”. Así apareció el manuscrito, en 1779, cuando Espejo frisaba los 32 años de edad.

El libro está dedicado al anterior Presidente de la Real Audiencia, Don José Diguja y le sirve para contrastar sus virtudes con los vicios y fatuidad de ciertos personajes. Entre otros comentarios formula los siguientes: *“Y la conducta sabia, justa y prudente de V.S., desengaña felizmente á los atrevidos y cobardes, y saca de pernicioso error á toda la provincia”*.

Este preámbulo un tanto largo, ha sido necesario para establecer algunos antecedentes de la lucha de Espejo y para anticipar que en el **Luciano** y luego en **Marco Porció Catón(4)** y **La Ciencia Blancardina(5)**, el estilo literario no es, exactamente el de Espejo. El un personaje de los diálogos es el Dr. Mera, hombre respetable por su edad, formación, conocimientos y rectitud de criterio, el otro, en el “Luciano”, es el Dr. Murillo quien, a pesar de su título universitario no pasaba de ser un charlatán arrogante, vanidoso y superficial. Espejo imita el estilo y fondo de los respectivos contertulios. El estilo bastante alambicado y cincunloquial que pone en boca de Murillo, le sirve para deslizar sus ironías y sarcasmo, usar galicismos, neologismos y palabras en desuso utilizadas por tales oradores. Así pone en ridículo y trata de conseguir si no una franca risotada del lector, por lo menos una sonrisa burlona.

Quien no está familiarizado con estos antecedentes encontrará quizá un tanto pesadas o aburridas las intervenciones del Dr. Murillo.

El Nuevo Luciano de Quito

A continuación unos poquísimos párrafos.

La Conversación Primera se inicia con el siguiente diálogo: *“Dr. Murillo.- Déme Ud. un polvo marítico, Sr. Dr., para emungir las prominentes ventanas de las narices, pues hoy más que nunca se hace necesario evacuar el humor pituitoso de la cabeza, y tener á ésta serenamente dasarreholada.*

Dr. Mera.- He aquí, Señor mío, y tome Ud. cuanto quiera. Pero dígame Ud., qué necesidad es esa que manifiesta de tener hoy con tanto empeño despejada la cabeza?

Dr. Murillo.- Ah! Señor, pues no sabe que lo que nos ha conducido en alas de la curiosidad y en brazos favonios del gusto, á este sagrado Fano, sacra morada

del divino Júpiter, ha sido para abrir las sensitivas ostras del oído, y que ellas reciban el celestial rocío desperdiciado de la áurea boca de mi Señor Doctor Don Sancho?

Dr. Mera.- Pues si mi Dr. Murillo. Es cierto que hoy predica el Dr. D. Sancho de Escobar, en la fiesta de los Dolores de la Santísima Virgen María, y esperamos un buen sermón, que satisfaga al buen gusto, que edifique al pueblo cristiano, y que hable dignamente de su objeto.

Discuten largamente sobre la educación impartida por los jesuitas y la necesidad urgente de reformas, de actualización. En las siguientes conversaciones se trata sobre filosofía, teología escolástica y otros temas. Al final, según se desprende, el Dr. Mera logra convencer al Dr. Murillo sobre sus críticas y lo que debe hacerse. Dice:

Dr. Murillo.- No obstante de que Ud. ha revuelto los huesos literarios del jesuitismo y se ha ostentado, pardiez, con mucha razón descontento con el método de sus estudios, pero jesuita mismo había de haber sido Ud., para poderme desengañar hoy. De otra suerte hubiera quedado en la tiniebla de mis errores. En buena hora tomó Ud. la sotana, y también en buena hora la dejó, para mi enseñanza; porque (dígame la verdad), vale más uno como Ud., del tiempo jesuítico, que cualquier otro ignorante, pero erudito á la violeta.

Cuando Espejo, a raíz de sus tres obras tuvo que habérselas con la justicia por medio de su “Representación” ante los fiscales, explica: “*Esta debilísima producción tuvo por objeto, si la ha visto ya V.S., la reforma de los estudios, el establecimiento de éstos, en una palabra, el bien de la patria.*

Pero me ha parecido que, escribiendo de anónimo, podía muy bien quitar la máscara á nuestros falsos sabios y hacer que parecieran en el traje de su verdadera y natural ignorancia”.

Recojo la opinión de González Suárez (2) sobre el cura: “*Don Sáncho de Escobar era un predicador gerundiano rematado; pero el criterio público de los quiteños de entonces estaba tan torcido y tan extraviado, que admiraban y aplaudían el detestable é intrincado estilo del Cura Escobar y de todos los que*

predicaban como él: la verdadera predicación evangélica, docta, sencilla y grave, había sido desterrada de los públicos de Quito!”.

Otras circunstancias y hechos obligaron a Espejo a dejar de lado su inclinación literaria y ocuparse de asuntos urgentes en el campo de la economía, la medicina, la técnica y la ciencia.

La economía política

Desde el extenso artículo sobre la quina, que escribió para conocimiento del rey, así como en los siguientes, usa un estilo claro, directo y concreto, necesario, elocuente y con la mayor corrección idiomática.

La economía política de la Real Audiencia de Quito y más colonias fue también tema de sus diligentes estudios y escritos. Igualmente varios de los problemas agrícolas, climáticos y otros de la Audiencia de Quito.

En “**Memorias sobre el corte de quinas**” (6). Espejo expone, ante el rey, sus conocimientos y aconseja al soberano lo que se debe hacer.

El temor de que se exterminen los bosques de quina y el poco rendimiento económico que produce la explotación de la cascarilla ha inducido a la Junta General a sugerir la prohibición absoluta del corte de quina.

Espejo argumenta: *“Prohibase la extracción de la cascarilla en los montes de Loja, Cuenca y vastísima extensión de los terrenos que la crían, y quedan millares de vasallos de V. M. que habitan estas dos ciudades, y la mayor parte de la provincia en su última ruina. La falta de industria y de comercio sobre otros ramos, les había dejado la facilidad de su subsistencia en el corte, acopio y beneficio de un vegetal tan estimable en toda la Europa, y que sin duda suministra al Estado un ramo muy distinguido y nobilísimo de comercio”.*

La idea de establecer el estanco de la cascarilla a favor de la Corona, es refutada por Espejo, sugiere, en cambio, dar normas sobre cómo deben cosecharse las semillas; cómo y en qué extensión de los troncos deben arrancarse las cortezas y otros aspectos técnicos. Se refiere también al contrabando, la explotación y comercio.

En “**Voto de un ministro togado de la Audiencia de Quito**” (7), trata más ampliamente algunos temas agrícolas, económicos y políticos. Comienza refiriéndose al “**Estado presente de la Provincia**”, para luego tratar más extensamente el “**Estado futuro**”.

Luego trata sobre el ganado lanar, el lino, la seda, los subsidios, la elección de árboles para su explotación y finalmente responde a los varios temores, la necesidad de abrir caminos, subir los jornales y otros temas.

Los escritos teológicos

Espejo, por una parte, escribió hermosos sermones para que sean predicados por su hermano cura y otros sacerdotes. Aunque escritos con pulcritud y elegancia tienen un tinte más bien académico que popular.

Por otra parte tuvo que, como bien informado teólogo absolver ciertas dudas que determinaron conflictos entre religiosos y aún feligreses. El Comisario del Santo Oficio denunció ante el Tribunal de Lima ciertas tesis que daban a entender que la Virgen María había sido concebida con la mancha del pecado original. El comisario lejos de pedir su opinión al Obispo o a uno de los sacerdotes pidió a Espejo su parecer y contestó con las conocidas “*Cartas Teológicas*” (8).

El Arzobispo González Suárez, 180 años más tarde y con su autoridad en materia teológica dice: “*En este escrito manifiesta Espejo conocimiento cabal del punto teológico, y noticia exacta del estado, en que, á fines del siglo décimo octavo, se encontraba la controversia entre los defensores de la sentencia piadosa y los adversarios de ella*”.

“Reflexiones sobre las Viruelas”

La Corona española había enviado a sus colonias en América, un instructivo redactado por el Dr. Francisco Gil, con sugerencias de medidas a tomarse para combatir la grave epidemia de viruelas que azotaba a este continente. El Cabildo quiteño encargó a Eugenio Espejo estudiara tal documento y presentara el informe respectivo. Espejo, antes de tres semanas, presentó (octubre de 1785) no un breve informe como seguramente sucedió en el resto de las colonias, sino todo un libro, cuyo título abreviado es “*Reflexiones sobre las viruelas*” (9).

Probablemente ésta es la obra médica más importante que se haya escrito en las colonias americanas. En ella no habla ya el agudo polemista sino el médico docto-sabio, como fue calificado en España. Habla el erudito y profundo conocedor de la historia universal de la medicina. El libro está dedicado al Ministro de Colonias y al propio Rey de España.

En la ciencia no caben las fantasías literarias de una novela o las metáforas de un poema. Sirven el razonamiento, el conocimiento de los fenómenos y la lógica. La obra de Espejo es un extraordinario texto de lógica irrefutable que lo condujo a formular, como el primero en la Historia de la Medicina, la teoría de que las epidemias se deben a “**corpúsculos vivientes**” y no a castigo divino como se creyó primitivamente ni a la acción del aire corrompido, como se postuló en la época del positivismo. Dice:

“Aún cuando no entendiésemos sino al origen de éstas y a su modo de propagarse en la Europa, debíamos quedar en la inteligencia de que lo eran y de que es indispensable el contacto físico de la causa al cuerpo humano para que en él se ponga en acción un fermento peculiar, homogéneo y correspondiente a la materia del efluvio varioloso. Sean los que fuesen los corpúsculos ténues, pero pestilentes de la Viruela, nuestra experiencia nos está diciendo, que éstos nos vinieron de España y de otras regiones de Europa”.

En Europa, como menciona Espejo, fruto de las ideas positivistas, se había ya superado el concepto religioso del origen de las viruelas y se había postulado que habría una causa física, y ésta sería el **aire pestilente**. El más famoso médico inglés, de la época, Sydenham, llamado el Hipócrates inglés, seguía siendo partidario del contagio por el aire.

Espejo, luego recorre las páginas de la historia y se refiere a autores que afirman que el país de origen de la viruela, según unos, es Etiopía, según otros el Egipto y sostiene que, cualquiera que haya sido el sitio geográfico de origen, la epidemia se extendió a España y otros países europeos, cuando los árabes mahometanos invadieron parte de Europa y de Asia.

La conclusión de Espejo es que tal agente de la epidemia no puede haber sido el aire que hubiese viajado en los barcos o de la tierra firme por donde penetraron los árabes sino algo más material como los “corpúsculos vivientes” que, además tienen la capacidad de reproducirse. Si se lee con atención todo el texto se podrá contrarrestar tantos acertos derivados de la lógica que la conclusión final será la de que las epidemias son producidas por partículas vivientes, es decir que las que luego se han llamado virus y bacterias. Dice:

“La generación de las enfermedades contagiosas pide principios peculiares que la caractericen. De allí vienen las disenterías, las anginas, los cólicos, las peripneumonías, las fiebres que rápidamente han acometido a la mayor parte de una ciudad. Una fiebre catarral benigna casi en un mismo día echó a la cama a toda la gente de Quito el año pasado de 1767. Después experimentamos un flujo de vientre epidémico y anginas, por el año de 1765.

“¿Quién podrá comprender el misterio de que en semejantes ocasiones, el aire venenoso determine a ciertas partes del cuerpo y no a otras sus tiros perjudiciales?.

“Siendo el aire un elemento común, que le atrae el hombre, le inspira el cuadrúpedo, le goza el insecto y aún le necesita el pez, no sabemos por qué estando en cierta constitución determinada la atmósfera, vive el hombre en el seno de la tranquilidad de humores y el perro, v. g., se muere con un garrotillo, el buey, con una dislocación de piernas, y aún la planta se marchita con una especie de cáncer, propio de su constitución.

“En la casi infinita variedad de estos atomillos vivientes, se tiene un admirable recurso para explicar la prodigiosa multitud de epidemias tan diferentes y de síntomas tan varios que se ofrecen a la observación. La dificultad más insuperable es la que causa la Viruela asistiendo a casi todos los que no probaron su contagio y perdonando también a casi todos los que ya habían padecido. ¿A dónde está el ingenio más luminoso que pueda penetrar estos arcanos?

No más de los argumentos de Espejo, sobre la causa de las epidemias. Sus teorías tardaron cien años para ser confirmadas, primero por Pasteur y luego por Koch.

No más citas del libro: “Reflexiones sobre las Viruelas”, pero es oportuno mencionar que las observaciones de Espejo fueron más allá de solo los “corpúsculos vivientes”. Analizó, como no lo habían hecho ni en Europa, las otras circunstancias que determinaban la gravedad de las epidemias: condiciones ambientales, sanidad, higiene personal, alimentación y más aspectos sociales, adelantándose así más de un siglo a lo que se llama hoy la epidemiología social.

Por fin, su espíritu crítico no le permitió omitir el comentar sobre el estado de esclavitud e indigencia de los indios, y la explotación de ellos, el enriquecimiento de los hacendados así como el desaseo de ciertos conventos de los cuales dijo que eran “seminarios de la inmundicia”. También se refirió a los malos médicos a quienes calificó de “peor peste que de las viruelas”. Todo lo cual le trajo nuevos detractores y acérrimos enemigos.

Los escritos del jurisconsulto

A fin de contener la virulenta campaña en su contra por parte de sus tantos adversarios, Espejo convino con el Presidente de la Real Audiencia abandonar Quito e ir al exilio voluntario a Lima. Al llegar a Riobamba, los curas de la diócesis que afrontaban graves acusaciones por parte del Alcalde y Comisionado de la Real Cobranza de Tributos, le pidieron que, como prestigioso abogado, se hiciese cargo de su defensa. Aceptó y en vez de un simple y vulgar escrito abogadil, presentó todo un libro (en la edición publicada en el volumen III de Escritos de Espejo, tiene 226 páginas).

La extensa obra es conocida con el título “*Defensa de los cursos de Riobamba*” (10). En ella habla el jurisconsulto, conocedor de las leyes, gran argumentador que no solo defiende la causa de los curas, cuanto de las injusticias, extorsiones y bárbaros atropellos que se comenten contra los infelices indios. Con esta extraordinaria obra Espejo es uno de los primeros indigentes de América.

Pero Espejo, aunque no exonera totalmente a los curas de ciertas acusaciones, no solo que hace la irrefutable defensa de ellos sino que utilizando una conocida

estrategia, ataca al acusador de: explotación y extorsión a los indios, inmoralidades, vida licenciosa, robo de los fondos reales y que sigue “las máximas de Maquiavelo: “que se calumnie y se maldiga lo más que se pueda, porque de la repetición se sigue que, aunque no se cree todo, deja la funesta impresión de sospecha y desconfianza”.

La defensa fue tan contundente que los curas no fueron condenados, pero Espejo fue a parar en la cárcel, acusado de inferir injurias y calumnias.

El literato

Desde la cárcel Espejo dirigió varias cartas al Presidente de la Audiencia sin obtener contestación. Se vio forzado a dirigirse al propio Rey de España. Tanto en las cartas al Presidente cuanto, sobre todo al Rey Carlos III, el estilo de sus escritos es de suma delicadeza, de espíritu de sometimiento y obediencia. Se trata de una actitud muy bien premeditada. Su estrategia consistió, precisamente, en dirigirse en estos términos al rey para congraciarse con su majestad y sentirse libre para criticar a las autoridades locales (11).

En las cartas está no únicamente el hábil abogado de su propia y ajenas causas, está el erudito conocedor de la historia, está el cultor de la lengua de Castilla. Cada carta es una hermosa y persuasiva pieza literaria.

Una de las cartas dirigidas al rey termina con esta exortación.

“Espera y pide humildemente que de cualquiera lugar a donde por violencia se le hubiera exiliado, como se le ofrece, le saque V. M. con honor. Y siendo la causa en sentir del Presidente, gravísima, de aquellas para cuya pena, aún el rigor de la tortura no es suficiente, y para la que las leyes patrias no han determinado correspondiente castigo, se ha de dignar V. M. mandar que por un efecto de la regia protección se pida, examine, pesquise y determine por su Real Suprema Junta, proveyéndose al resarcimiento de los daños y perjuicios que ha recibido el informante, quien lo suplica así a V. M. con generosa libertad, en nombre de Dios vivo y a título de ser”.

Paso por alto los sermones que, como escritor elocuente y en especial como teólogo, escribió para que su hermano cura y otros sacerdotes predicasen.

Los escritos políticos

La carta al rey dio resultado positivo. Carlos III ordenó se envíe, de inmediato, todo el proceso contra Espejo al Virrey de Nueva Granada y se ponga en libertad a Espejo para que se traslade a Bogotá a ejercer su defensa.

En Bogotá tuvo la oportunidad de ponerse en comunicación con los principales patriotas de esa ciudad, en particular con Antonio Nariño y Francisco Zea. Concurrió a las reuniones del “Club Libertario”, que dirigía a Nariño, expresó sus ideas políticas, y el plan, ya maduro, de lucha por la emancipación que, según su criterio, debía efectuarse simultáneamente en las colonias. Los patriotas colombianos le sugirieron con insistencia que escribiera una proclama a los quiteños, proponiéndoles organizar una “Sociedad Patriótica”. El Marqués de Selva Alegre, su íntimo amigo y discípulo político costeó la publicación del documento conocido como “El Discurso” (12) y además consiguió de las autoridades la autorización de publicarlo. En él habla el ideólogo político sagaz, experimentado y visionario. Es un extenso documento con el cual se plantea la situación política de Quito y las tareas a realizarse. Es el anticipo a la lucha libertaria.

Declarado inocente por la justicia virreinal, regresó libre a Quito donde se convirtió en el líder de la independencia. Con el apoyo del Marqués de Selva Alegre, organizó la “Sociedad Patriótica de Amigos del País” En su declaratoria se expresa que va a “contribuir al progreso material y cultural de Quito, en educación de los escolares, reformas educativas, mejoras de la agricultura, desarrollo de la cultura, las artes y las ciencias”.

Desde luego, detrás de estos expresos propósitos, estaba el aprovechar las circunstancias y crear las condiciones necesarias para la emancipación. El paso inmediato fue publicar el periódico **Primicias de la Cultura de Quito** el cual debía ser el medio idóneo para, tínosamente, concienciar al pueblo sobre la independencia.

Cuando el periódico alcanzó a su séptimo número, llegó la cédula Real de Carlos IV, que ordena se suspenda el funcionamiento de la Sociedad de Amigos y consecuentemente desaparece el periódico.

Una imprudencia de Pablo, su hermano cura, permitió que las autoridades descubran los proyectos revolucionarios de Eugenio, su plan de emancipación de expulsión de los “chapetones” y de organizar un Estado republicano, electivo, representativo, justo y democrático.

Espejo tuvo que pasar a la lucha clandestina. Cuando en las cruces de los atrios de las iglesias aparecieron las famosas banderitas rojas con la leyenda en latín que significaba “**Al amparo de la cruz seamos libres, consigamos la gloria y la felicidad**”, Espejo fue tomado preso por el propio Presidente de la Audiencia y encerrado en una pequeña celda, fría, húmeda con poca luz solar, dieta de solo una sopa insípida y además totalmente incomunicado. De hecho fue sentenciado a la muerte por consunción. Así sucedió, así terminaron los ideales del prócer y primer mártir de la independencia. Cuando nació, por condescendencia con su padre que era el cirujano y administrador del hospital, le inscribieron en el libro de los blancos; cuando murió, le inscribieron en el libro de los indios y los negros.

Referencias Bibliográficas

1. Naranjo, P.: Los escritos de Eugenio Espejo. Pp. 18 Printer Graphic, Quito, 2008.
2. Eugenio, E.: El nuevo Luciano de Quito. En: Escritos de Espejo, tomo I. Editado por F. Gonzales Suárez. Impta. Municipal, Quito, 1912.
3. Primicias de la Cultura de Quito, Ibit.
4. Ibit, Tomo II.
5. Ibit, Tomo II.
6. Ibit, Tomo I.
7. Ibit, Tomo I.
8. Ibit, Tomo I.
9. Ibit, Tomo I, Después de 1912 se han publicado varias ediciones.
10. Ibit, Tomo III. Editado por Fijón y Camaño, J. y Viteri Lafronte, H. Editorial Artes Gráficas. Quito, 1923.
11. Villalba S.J, J.: Las prisiones del Dr. Eugenio Espejo, Universidad Católica del Ecuador. Quito, 1992.
12. Eugenio, E.: Primicias de la Cultura de Quito.